

PERFILES — TOLEDANOS

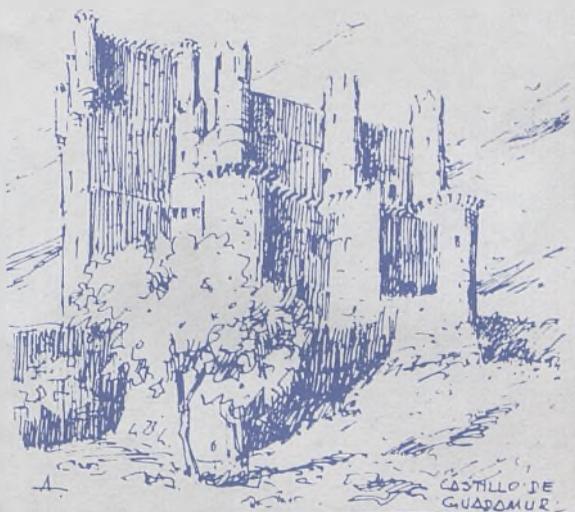
HIGINIO LORENTE, FRAGUA DE FORJADORES

La geografía encierra en cada trazo la ubicación de los distintos pueblos y en cada pueblo la geografía humana indica las señas de identidad de sus vecinos. En vivir de cada día apenas si destacan cosas salientes. Todo es normal y sencillo. El trabajo es el pan diario. Por las mañanas se despiertan los tractores y se entona el amanecer con una copa de aguardiente. Las mujeres abren puertas y suben persianas para que se airee la casa y comienza el telediario del vecindario. Luego suben y bajan los críos a las escuelas, se abren las tiendas y suena en Guadamur el yunque de la fragua del tío Higinio. Siempre, pormenor añadido, detalle exceptuado, siempre en los últimos años ha sido así. Hasta el otro día. Higinio Lorente ha muerto.

Ya ha callado el yunque porque se silenció el artista. La fragua de su madre, donde la inspiración viene de casta. Allí en el seno materno de la fragua donde del fuego refresca la inspiración, Higinio plasmaba el mundo de la historia y revivía en sus manos el caballero de gala y el guerrero de profesión y sus manos moldeaban el hierro como los niños habilidosos emplean la plastilina y la forja respunteaba cada milímetro con mano única para que el hierro crease la forma y con la forma se representase la historia. Todo ello desde los 25 años. Que el artista no necesita que lo inicien pues los maestros presto quedan viejos cuando aparece un artista de cuerpo entero. El artista necesita ser él mismo. De ahí el ensimismamiento, que no es desinterés por los otros sino la fuente precisa para la energía de la creación. Mientras el hierro se repliega y se despliega, Higinio cargaba su alma de ideas que vertía en torrentera lo mismo en la gorguera que en las escarcelas.

Se ha apagado el fuego de la fragua porque se ha dormido el artista. El artista nunca muere porque su vida es su propia obra. Higinio no ha querido los troqueles ofrecidos por franceses y alemanes. Tenía vena toledana y con su fragua se verificaba el conjuro de las almenas del próximo castillo y sus dedos zurcían el hierro como las lagarteranas sus manteles y del montón informe se levantaba la armadura a golpe continuado, adorada por el temple del sudor y revivida por la palabra última, la creación. Higinio, un artista en búsqueda de perfección. En sus armaduras ha conseguido tal perfeccionamiento que, según dicen los entendidos, difícil tarea sería para los expertos distinguir las armaduras forjadas en Guadamur de las armaduras de época. Su vida girando en torno a la creación. Sus viajes y las visitas a museos. Atención sobrehumana en cada detalle y nada de apuntes ni de medidas que el artista lleva el cuaderno de notas en su alma y su corazón guarda el archivo de las imágenes. Solo más tarde, con un leve silbido, el mundo interior se despierta y ya encendido el fogón, caliente la pupila, la mano no duda en el trazo y la combinación del martillo y de la lima se hermanan y del matrimonio del hierro y del corazón nace la armadura que reconoce el parentesco.

El artista no muere porque su obra es su vida. En museos de España, de Europa y de América, en colecciones privadas nacionales y extranjeras está la perfección: las armaduras de Higinio Lorente. Nació en Guadamur hace 91 años. Vivió como señor que es el verdadero servidor del arte. Ha muerto en la mejor forja posible, las mañanas de la Natividad. Con sus hijos Margarita, Alfonso, María Teresa y Seve decíamos a Santa María "dormir quiero en tus brazos, hasta que en Dios despierte".



CLEOFÉ SANCHEZ